

**EL 150 ANIVERSARIO
DEL PADRE BILLINI
Por Manuel de Jesús Mañón Arredondo**

**“De tu Santo la misión,
el sublime apostolado,
Tu con gloria has continuado (*)**

Hoy 10. de diciembre se cumplen 150 años que naciera el ilustre sacerdote dominicano Francisco Javier Billini Hernández (1837-1890). Nació para consuelo de los afligidos, de los necesitados y gloria de la sociedad dominicana.

Con tal motivo la República se apresta a conmemorar el alto acontecimiento como lo merece quien es acreedor a todo tipo de honores.

Por ello el Honorable Sr. Presidente de la República Dr. Joaquín Balaguer ha decretado oficialmente que se preparen edificantes actos para que ese gran día sea una recordación al Padre Billini.

A este humilde ciervo de Dios debemos reconocerlo como el iniciador de los servicios sociales de la República Dominicana.

El Padre Billini fue Maestro del pensamiento, de la caridad, del valor y la firmeza. Además el primero en luchar por lo que todavía aspiran los dominicanos: la dignidad de los derechos humanos.

Este insigne evangelizador por vocación, su nombre debe resonar como un timbre de orgullo a su pueblo, y su memoria debe vivir eternamente.

El padre Francisco Javier Billini fue el primer creador de las Casas de Beneficiencia para ancianos y enfermos, de un Orfanato, del Manicomio que luego llevó su nombre. Establecimientos únicos en Santo Domingo que pudieron considerarse como los más exitosos en la República en aquellos últimos tiempos.



Este recordado cura de almas, era una curiosa mezcla de exaltado idealista y hombre de mente iluminada. El influjo de su espíritu nos hizo despertar el verdadero sentimiento de piedad hacia los que no tienen nada, al dolor y la miseria humana.

El bienaventurado Francisco Javier Billini fue un providencial, recogedor de almas perdidas en los momentos más precisos cuando al amparo de su piedad la nación se levantaba por encima de los escombros humeantes de las guerras de la Restauración.

Las secuelas de aquellas luchas fratricidas dejaron muchos odios, y rencores soterrados engendrados de instintos de crueldad popular.

La impiedad y el desprecio social, nos acusaron rasgos discriminatorios muy marcados por muchos años.

Al nacer a la vida republicana no tuvimos escalas intermedias en las valorizaciones del ser humano.

La vida sólo tenía razón de ser para los de arriba, para los ricos y aquellos que tenían el sable en la mano. Para los de abajo el derecho a la vida era relativo, y mucho menos los desamparados de la suerte y la fortuna.

Hay que examinar detenidamente con ojos de piedad las colecciones de nuestros viejos periódicos. Los legajos de correspondencias de los ayuntamientos y de lo Interior y Policía revelando como en los años de 1865 al 1870 era la situación financiera deplorable, nuestras autoridades se desenvolvían con una precariedad pasmosa. La asistencia social y la higiene pública, eran palabras desconocidas por no decir totalmente nulas.

Había un remanente humano de gente que nadie las tomaba en cuenta. Eran como una especie de desechos sociales; en Santo Domingo, Santiago, Puerto Plata y otras ciudades importantes pululaban por calles y plazas multitud de andrajosos y pordioseros, gente de miserable aspecto; mancos, cojos, ciegos viviendo de la caridad pública frente a las iglesias, otros en las esquinas y los frentes de las tiendas. Nadie sabía de donde salían. La mayoría dormían en zaguanes y en ruinosas casas abandonadas.

Nadie sabe cuantas viudas vergonzantes vivían del plato de comida de los vecinos y tampoco las jóvenes que



se entregaban a la prostitución o eran pervertidas. Ni tampoco tenemos datos suficientes sobre el número de niños huérfanos que abandonados a su propia suerte andaban por esas calles de Dios haciendo travesuras y fechorías. Los llamaban "raterillos" y fueron tantos que las autoridades policiales resolvieron en 1897 apresarlos, y conducirlos a los patios de las comisarías, pero luego no sabían qué hacer con ellos, porque nadie los reclamaba.

Los locos y gentes deformes tampoco tenían domicilios fijos; andaban andrajosos y otros desnudos por las calles, siendo víctimas de las burlas malignas del populacho.

Los atacados de lepra se fugaban de la iglesia de San Lázaro, y salían a pedir como desesperados, otros se escondían, vivían como proscritos, detrás de las ruinas de Santa Bárbara; los más construían ranchos miserables en Galindo, evitando ser descubiertos por las autoridades. Pocas fueron las familias humildes que no tuvieran entre ellos varios mutilados. Seres inútiles y víctimas de las violencias revolucionarias.

Nadie tenía compasión de aquellos montones de ruinas humanas, ni de sus fealdades. Eran simplemente menesterosos, chusmas, según la expresión de aquellos tiempos.

El padre Billini como un Quijote se dispuso a luchar en ayuda desinteresada de esas gentes. Había necesidad de ir en socorro en favor de sus semejantes y lo primero que hizo fue buscar locales que sirvieran de asilos a los enfermos y los inválidos. Lo más admirable fue la misión de caridad: recoger los locos sueltos y furiosos, que eran una amenaza pública y darle albergue seguro, pan y medicinas, como una manera de dulcificar la vida para que esos infelices se sintieran como seres humanos.

Cuando el sacerdote acudió al Gobierno Nacional predicando la piedad en ayuda para albergar a los pobres recibió dos agrietados edificios coloniales, la capilla del antiguo Hospital de San Andrés, y sus anexos, y luego las ruinas del convento de San Francisco para albergar los dementes en sus celdas. Y reparó milagrosamente las cuarteadas paredes para que sirvieran de cuna a los humildes.

A nadie se le hubiera ocurrido en aquellos tiempos que un sacerdote con alta investidura podía descender hasta los niveles donde llegó el Padre Billini, predicando a los ricos la



necesidad de ayudar a las inmensas legiones de miserables pordioseros, que la sociedad rechazaba con repugnancia.

La gente de alto copete creía que el Padre Billini se había chiflado o se había vuelto un pobre diablo cuando le oían decir que “todos los pobres estaban en su corazón” como San Francisco.

Si, así fue. Pero aquel humildísimo santo varón estaba dando las lecciones más puras de lo que era el dogma católico, y la sana moral cristiana, que entonces no comprendíamos los dominicanos.

Desde que falleció el domingo 9 de marzo de 1890 el Padre Billini, hasta el año pasado en los programas recordatorios oficiales siempre se repiten las mismas cosas exaltando sus obras de beneficencia con lamentables letanías aldeanas y monótonas, designándolo como: filántropo sacerdote.

Ya en nuestros tiempos esa palabra ha perdido la esencia de su auténtico significado. Ya en estos tiempos cualquiera es llamado filántropo.

Sea propicia la ocasión en este 150 aniversario de su nacimiento para que la figura del presbítero Francisco Javier Billini, la vida y su obra sean vistas con una óptica distinta. Más grande en sus dimensiones, por todo lo que hizo el solo, y el tiempo que le tocó vivir.

Sin contar y lo repetimos. Ese sacerdote dió en la República Dominicana el primer brillante ejemplo como ciudadano y patriota que la vida humana debía respetarse para todos los dominicanos en su lucha por la libertad y la justicia. Nadie como este insigne sacerdote se enfrentó con tanto valor a la tiranía de Ulises Heureaux solicitando elemencia para centenares de compatriotas condenados a los patíbulos por simple hecho de disentir de aquel régimen sangriento.

Esta nueva faceta del Padre Billini debe también refulgir ahora más que nunca porque en su tiempo los derechos humanos eran letra muerta. Pero Billini demostró tener conciencia que debía existir algún derecho inalienable a la vida y luchó a favor de los condenados y perseguidos a muerte. Su conducta, está patente en la bellísima y fructífera vida al bien de todos los dominicanos. Especialmente los pobres. Los que no tienen un techo, los que no tienen un mendrugo de pan y padecen enfermedades, sin que nadie los socorra.



(Listín Diario, 1 diciembre 1987).

(*) Décima de la poetisa Encarnación Echavarría de Delmonte publicada en EL ECO DEL PUEBLO, No. 39 Dic. 31 de 1882, inserta en la obra recién editada "El Padre Billini" de Vetilio Alfau Durán, pp. 117. Apéndices y selección de Mons. Dr. Rafael Bello Peguero, Pbr. Serie Hombres de la Iglesia, 1987.



EL BIENAVENTURADO PRESBITERO *Francisco Javier Billini (1837-1890) su espíritu despertó el sentimiento de piedad entre los dominicanos.*

